

EXCELSIOR
Sicodrama

Jorge Luis Borges

POR F. CARMONA NENCLARES

EL tiempo numérico, que nos cuenta un indiferente calendario, se desvanece en el interior del hombre, donde la temporalidad matemática, susceptible de medida, ya no cuenta. Así, parece que fue ayer nuestro encuentro con Jorge Luis Borges, en la "Gaceta Literaria" de Madrid, en los años 30. Los días en que Giménez Caballero y Eugenio d'Ors escriben que la felicidad de los españoles consistiría en declararse colonia inglesa, acompañada la medida, según el primero, del previo incendio de las iglesias, conventos y monasterios; naturalmente, ambos vistieron la camisa azul del fascismo. El Duce les otorgó en Roma, 1936, la cruz del Nuevo Orden. Y sobre el fondo de esta amarga picaresca recordamos la figura de Borges. Una persona muy recogida en cierta arisca lejanía, de índole más moral que física, temeroso de ceguera. Vivía escuchando una melodía secreta, inaudible para los otros, que surgiera, diríamos, de su entraña vital.

Aquella es todavía nuestra imagen. Nunca hubo más encuentros. El desenfreño de la época contemporánea, esa condición técnica del tiempo, pues ningún instante tiene valor alguno, y ni siquiera plenitud, que no puede dividirse en pretérito y futuro, le ha clausurado en su propia soledad, derivada —entendemos— de la progresiva ceguera. El cuerpo nos vive, y desvive, en el sentido del deterioro orgánico que implica, al cabo, el personal y el social, y entonces, roto el ensamble unitario del espíritu, el alma y el cuerpo, no queda sino el extrañamiento. El yo carece de salida hacia el tú y el nosotros. Eso hace de Borges una figura patética, que se expresa de manera tan exótica en su insupportable angloomanía. Claro que de una Inglaterra elegante y esclavista, que no la de Fielding, Thackeray o Dickens. Tampoco la de un minero del país de Gales. Es lo que pensamos.

★

A CONGOJA la existencia de este hombre, caído en la ceguera. Y su terrible impotencia que busca, según dice, unos pocos fundamentos, el tiempo, el infinito, la eternidad, para resignarse en la traición de la vida que lleva el nombre de muerte. Pero ¿no son, por decirlo así, fundamentos helados, la abertura por la que Borges quisiera escapar de sí mismo, en los sueños que sueña y le resulta imposible? Nos permitimos advertir que no basta ver el mundo con los ojos de la cara para entenderlo, pues tampoco basta entenderlo. ¿Lo entienden, acaso, la física o la biología contemporáneas, elaborando "modelos de conducta" donde incrustarnos o

reducirnos? Habiendo un modelo del átomo ¿por qué no lo habría de la criatura humana? Espléndido truco del irracionalismo. No, no basta ver el mundo, amigo Borges: hay que transformarlo mediante la justicia, esa que arranca de la caridad, que no de los códigos. Borges: falta en usted el amor. No tiene simpatía ni benevolencia por el prójimo, los únicos sentimientos que trascienden nuestro solitario destino. El tú que eres yo.

Escribe, por ejemplo: "uno puede prescindir del amor y la amistad después de los cien años". Fácil ironía. ¿Quizá porque ya habremos muerto? Pero dichos sentimientos no tienen reloj o calendario, reguladores cronológicos: señalan, quíerense o no, la versión de la propia existencia hacia el prójimo. Existencia es siempre coexistencia, dada la naturaleza menesterosa de la vida individual. ¿No es ahí, en esa rajadura del ser, menesterosidad, donde nos atrapa el sufrimiento, el enorme misterio que la vida conlleva, en Borges la ceguera? Hay signos evidentes, en nuestro tiempo, de que el hombre, constituido en muchedumbre, en masa anónima, procura desligarse del misterio, lo que amortigua y anula la angustia de vivir a cambio de una indiferenciada sumisión absoluta. Otros se declaran ateos. Dos maneras de sustraerse al reto de la vida.

★

Y Borges se declara ateo, lo que completa su sicodrama, porque el hombre y el Universo son absurdos. ¿Hasta el señor Franco, que le dispensa pronunciar conferencias en España, y lo será también el inglés en que prefiere el diálogo? Justamente ese carácter absurdo, el sueño de un idiota borracho, es aquello que nos confiere sentido y lo confiere al existir. ¿Qué importa que Dios exista o no exista, en los términos del Catecismo o de los argumentos de la Teología, Tomás de Aquino y San Anselmo? Es lo de menos. No hay premios para obtener por la fe lavadoras o refrigeradores, como en los concursos publicitarios. La fe es gratuita, pero el sufrimiento existe, y por ello nuestro compromiso con la justicia, el amor y la amistad. O, en otras palabras, nuestra respuesta al reto de la vida absurda.

Por desgracia, ahora tendrá Borges ocasión de confrontarlo. Acaba de morir su madre. Señor: que los vientos lleven, sobre la tierra y los mares, nuestro abrazo al insigne amigo. Y aquellas lágrimas que no se lloran. Porque estamos hechos de ellas y de esperanza, que acaso lo será de desesperada. Al borde del abismo.